

LECCIONES ITALIANAS

LA mecha de la bomba política que está estallando en estos momentos en Italia está encendida en 1945-1946: en la elaboración de un régimen democrático viciado, prefabricado para favorecer a un solo partido que ahora se hunde, para servir a los intereses "de Occidente" —pura y simplemente, de los Estados Unidos—, para resolver de prisa y sin visión de futuro una situación de vacío a la caída del fascismo. Aviso a nuestros fabricantes de democracia "a la española", de nuestros solitarios taumaturgos que pretenden constituir a su manera y preparar leyes deformes: todo se paga. Todo lo paga, a la larga, el país violentado.

EL Gobierno ha dimitido en Italia, la crisis de violencia se agudiza; sobre el Presidente de la República, el del Gobierno dimisionario y el del ministro de Asuntos Exteriores pesan acusaciones de corrupción (el caso Lockheed); la crisis alcanza al poder legislativo y tiene que disolverse la Asamblea. Crisis en el viejo y desprestigiado sistema de "centro izquierda", o alianza entre democristianos y socialistas, en la que el centro ha actuado como una derecha y el Partido Socialista se ha desgastado al abandonar, para mantenerse en el Gobierno y en la coalición, sus programas de izquierda. Crisis económica, por consecuencia, de la administración del país

unilateral, procapitalista, mientras provincias enteras siguen estando en el subdesarrollo... Y, lo que es peor, crisis de futuro.

EL futuro lo deberían configurar las elecciones generales anticipadas, que tal vez se celebren el 20 de junio (es, en estos momentos, la fecha más probable). Van a producir posiblemente un progreso de la izquierda: puede calcularse que habrá un considerable progreso comunista, si no se producen algunos acontecimientos importantes —que pueden producirse—. Este progreso de la izquierda no podrá significar gran cosa, porque las presiones internacionales sobre Italia, las amenazas de fuerza interiores, proscriben un gobierno exclusivo de la izquierda, que sería el verdadero representante de lo que, según parece, puede suceder en las elecciones. Podría tenerse que volver a una fórmula de gobierno con la democracia cristiana; pero con una democracia cristiana aún más débil, alcanzada por el desprestigio de los nuevos escándalos, de espaldas a las realidades de las exigencias de la vida italiana. (Adviértase cómo los principales grupos de la democracia cristiana española están ya aprendiendo sus lecciones de lo sucedido en Italia con sus correligionarios y rehúyen estas trampas.) Es decir, las soluciones parecen no existir. Hay, por lo tanto, crisis de futuro.

El gran patrón de la Fiat, Giovanni Agnelli, ha fijado la posición del patronato con respecto al PC: "No debemos tener miedo de los comunistas". En la foto, un piquete de trabajadores de la central turinesa durante una huelga del sector metalúrgico.





El Partido Comunista Italiano de Berlinguer, que es en la actualidad un partido moderado y de orden, está sobre todo nutrido —y esas van a ser las bazas electorales— por un proletariado que está desesperado, harto y explotado. En la foto, el secretario general del PCI sale del Parlamento.

ALGUNAS claves de esta situación, sin necesidad de buscarlas mucho en los antecedentes históricos, pueden encontrarse en algunas manipulaciones actuales. Es muy posible que la democracia cristiana, con la nueva dirección de Zaccagnini, hubiese llegado a más de lo que ha hecho para evitar la crisis. Es decir, posiblemente habría aceptado una fórmula de acuerdo con los otros partidos, significativamente con el comunista, que propone continuamente su "compromiso histórico", y que lo prefería incluso a estas elecciones anticipadas en las que va a ganar muchos votos, de no haber existido una presión por parte de los Estados Unidos. Esta presión aparece visiblemente en el "caso Lockheed". El informe sobre la corrupción en Italia a propósito de la adquisición de los aviones "Hércules" ha señalado un personaje misterioso designado con el seudónimo de "Antelope Cobbler". No se sabe quién es, pero las sospechas se ciernen sobre tres personajes: el Presidente de la República, Leone (si fuese él, su destitución aumentaría pavorosamente la crisis hasta niveles institucionales); el superhombre de la democracia cristiana, Aldo Moro —jefe del Gobierno dimisionario—, o el ministro de Asuntos Exteriores, Mariano Rumor. La posibilidad de que los Estados Unidos hubieran descubierto el nombre propio, y los de otras personas, en el caso de que la democracia cristiana hubiese aceptado el pacto con los comunistas, descubre el alcance posible de una maniobra de gran envergadura. Explica las razones que tenían Ford y Kissinger al anunciar que no tolerarían un ministro comunista en Italia, y por qué razón esa brutalidad diplomática podía ser pronunciada impunemente. Los que tienen que pagar, pagan.

LA otra clave de la situación está en la violencia y los asesinatos que han reverdecido en toda Italia desde el momento en que se hicieron posibles las elecciones generales anticipadas. Último muerto, Gaetano Amoroso, de veintidós años, apuñalado por los fascistas. Pero no son visiblemente los fascistas los que firman la mayor parte de los actos de violencia, sino los grupúsculos considerados como de extrema izquierda, de los que hay contabilizados unos 18 activos. Hasta el momento. Surgen nuevos cada día. Porque son una invención. La idea de que detrás de ellos está la extrema derecha y la fuerza del SID, o servicio de informaciones de la defensa, que se escapa cada vez más al control gubernamental, es muy sostenible. Algunos de los miembros del SID están complicados en atentados anteriores que se atribuyeron siempre a la izquierda (el de la Piazza Fontana de Milán, en 1968; los de la Piazza della Loggia en Brescia y el tren "Itálicus", en 1974). Los partidos parlamentarios de la izquierda están denunciando lo que llaman

"nueva estrategia de la tensión". Esta estrategia tendría por una parte una finalidad puramente electoral, la de inclinar los votos hacia la derecha —los votos del miedo, los votos de la burguesía—, e incluso a una derecha más extremada que la de la democracia cristiana, que aparece también como responsable de la violencia por la idea de que es "un Gobierno débil", que no sabe mantener el orden público (recordemos la situación de la República Española en 1935-1936). Más allá de la simple estrategia electoral, estos actos tratarían de impulsar a los militares y a las fuerzas de orden público a una "acción sanitaria"; a una forma de golpe de Estado o de toma de poder para garantizar el orden público y buscar una solución que la política no es capaz de encontrar.

PARA hacer frente a estos riesgos, los partidos obreros parlamentarios han llegado incluso a crear comités de vigilancia en las fábricas, contra las cuales se están cometiendo los principales atentados (el 3 de abril, contra la Fiat de Turín; el 14, contra la Texaco de Florencia). Parece que algunos de estos comités de vigilancia han impedido ya atentados graves. Umberto Agnelli, consejero delegado de la Fiat, ha dicho que "la vigilancia obrera en las fábricas tiene un gran valor moral, pero no puede ser autónomo, como quieren los sindicatos: nadie puede reemplazar a la Policía". El "gran patrón" de la Fiat, Giovanni Agnelli, ha fijado la posición del patronato con respecto a los comunistas: "No debemos tener miedo de los comunistas. Si cedemos al pánico, si los industriales se ponen nerviosos y detienen las inversiones, si las gentes se marchan del país, la posición comunista tendrá más autoridad aún. Se tendrá la impresión de que el Partido Comunista es la única fuerza estable del país". Para Agnelli, la posición Kissinger/Ford es "comprensible".

EL tiempo que va a transcurrir de aquí al 20 de junio —si es finalmente esa fecha la decidida para las elecciones— va a estar repleto de acontecimientos. No hay que excluir los peores. Entre los peores —si bien es una posibilidad remota— está el del golpe de Estado de una derecha que no parecería nunca como chilena, como fascista, pero que no por ello dejaría de tener muchos rasgos antidemocráticos. Pero tampoco hay que excluir en ese caso una respuesta sindical y obrera de la mayor envergadura. El Partido Comunista Italiano de Berlinguer, que es en la actualidad un partido moderado y de orden, está sobre todo nutrido —y esas van a ser las bazas electorales— por un proletariado que está desesperado, harto y explotado. ■